

á estos señores, porque se vea y considere ser del provecho que digo haber caballeros andantes por los caminos. Todo lo que vuestra merced ha dicho, es mucha verdad, respondió el muchacho; pero el fin del negocio sucedió muy al revés de lo que vuestra merced se imagina. ¿Cómo al revés? replicó D. Quijote, ¿luego no te pagó el villano? No solo no me pagó, respondió el muchacho, pero así como vuestra merced traspuso del bosque y quedamos solos, me volvió á atar á la mesma encina, y me dió de nuevo tantos azotes que quedé hecho un S. Bartolomé desollado; y á cada azote que me daba, me decía un donaire y chufeta acerca de hacer burla de vuestra merced, que á no sentir yo tanto dolor, me riera de lo que decía. En efecto, él me paró tal, que hasta ahora he estado curándome en un hospital del mal que el mal villano entonces me hizo. De todo lo cual tiene vuestra merced la culpa, porque si se fuera su camino adelante y no viniera donde no le llamaban, ni se entremetiera en negocios ajenos, mi amo se contentara con darme una ó dos docenas de azotes, y luego me soltara y pagara cuanto me debía. Mas como vuestra merced le deshonró tan sin propósito, y le dijo tantas villanías, encendiósele la cólera, y como no la pudo vengar en vuestra merced, cuando se vió solo descargó sobre mí el nublado, de modo que me parece que no seré mas hombre en toda mi vida. El daño estuvo, dijo D. Quijote, enirme yo de allí, que no me habia de ir hasta dejarte pagado, porque bien debía yo de saber por luengas experiencias que no hay villano que guarde palabra que diere, si él ve que no le está bien guardalla; pero ya te acuerdas, Andres, que yo juré que si no te pagaba, que habia de ir á buscarle, y que le habia de hallar aunque se escondiese en el vientre de la ballena. Así es la verdad, dijo Andres; pero no aprovechó nada. Ahora verás si aprovecha, dijo D. Quijote; y diciendo esto, se levantó muy apriesa, y mandó á Sancho que enfrenase á Rocinante, que estaba paciendo en tanto que ellos comían. Preguntóle Dorotea qué era lo que hacer queria. El le respondió, que queria ir á buscar al villano y castigalle de tan mal término, y hacer pagado á Andres hasta el último maravedí, á despecho y pesar de cuantos villanos hubiese en el mundo. A lo que ella respondió, que advirtiese que no podia, conforme al don prometido, entremeterse en ninguna empresa hasta acabar la suya; y que pues esto sabia él mejor que otro alguno, que secase el pecho hasta la vuelta de su reino. Así es verdad, respondió D. Quijote, y es forzoso que Andres tenga paciencia hasta la vuelta, como vos, señora, decís, que yo le torno á jurar y á prometer de nuevo de no parar hasta hacerle vengado y pagado. No me creo desos juramentos, dijo Andres, más quisiera tener agora con que llegar á Sevilla, que todas las venganzas del mundo: déme, si tiene allí algo que coma y lleve, y quedese con Dios su merced y todos los caballeros andantes, que tan bien andantes sean ellos para consigo como lo han sido para conmigo. Sacó de su repuesto Sancho un pedazo de pan y otro de queso, y dándoselo al mozo, le dijo: Toma, hermano Andres, que á todos nos alcanza parte de vuestra desgracia. ¿Pues qué parte os alcanza á vos? preguntó Andres. Esta parte de queso y pan que os doy, respondió Sancho, que Dios sabe si me ha de hacer falta ó no; porque os hago saber, amigo, que los escuderos de los caballeros andantes estamos sujetos á mucha hambre y

á mala ventura, y aun á otras cosas que se sienten mejor que se dicen. Andres asió de su pan y queso, y viendo que nadie le daba otra cosa, abajó su cabeza, y tomó el camino en las manos como suele decirse. Bien es verdad que al partirse dijo á D. Quijote: Por amor de Dios, señor caballero andante, que si otra vez me encontrare, aunque vea que me hacen pedazos, no me socorra ni ayude, sino déjeme con mi desgracia, que no será tanta que no sea mayor la que me vendrá de su ayuda de vuestra merced, á quien Dios maldiga y á todos cuantos caballeros andantes han nacido en el mundo. Ibase á levantar D. Quijote para castigalle; mas él se puso á correr de modo que ninguno se atrevió á seguillo. Quedó corridísimo D. Quijote del cuento de Andres, y fué menester que los demas tuviesen mucha cuenta con no reirse, por no acaballe de correr del todo.

CAPITULO XXXII.

Que trata de lo que sucedió en la venta á toda la cuadrilla de D. Quijote.

Acabóse la buena comida, ensillaron luego, y sin que les sucediese cosa digna de contar, llegaron otro día á la venta, espanto y asombro de Sancho Panza, y aunque él quisiera no entrar en ella, no lo pudo huir. La ventera, ventero, su hija y Maritornes, que vieron venir á D. Quijote y á Sancho, le salieron á recibir con muestras de mucha alegría, y él las recibió con grave continente y aplauso, y dijoles que le aderezasen otro mejor lecho que la vez pasada; á lo cual le respondió la huéspeda que como le pagase mejor que la otra vez, que ella se le daría de príncipes. D. Quijote dijo que sí haría, y así le aderezaron uno razonable, en el mismo camaranchon de marras, y él se acostó luego, porque venía muy quebrantado y farto de juicio. No se hubo bien encerrado, cuando la huéspeda arremetió al barbero, y asiéndole de la barba, dijo: Para mi santiguada, que no se ha aun de aprovechar más de mi rabo para su barba, y que me ha de volver mi cola; que anda lo de mi marido por esos suelos, que es vergüenza: digo el peine, que solia yo colgar de mi buena cola. No se la queria dar el barbero, aunque ella mas tiraba, hasta que el licenciado le dijo que se la diese, que ya no era menester mas usar de aquella industria, sino que se descubriese y mostrase en su misma forma, y dijese á D. Quijote que cuando le despojaron los ladrones galeotes, se habia venido á aquella venta huyendo; y que si preguntase por el escudero de la princesa, le dirían que ella le habia enviado adelante á dar aviso á los de su reino, como ella iba y llevaba consigo el libertador de todos. Con esto dió de buena gana la cola á la ventera el barbero, y asimismo le volvieron todos los adherentes que habia prestado para la libertad de D. Quijote. Espantáronse todos los de la venta de la hermosura de Dorotea, y aun del buen tallo del zagal Cardenio. Hizo el cura que les aderezasen de comer de lo que en la venta hubiese, y el huésped, con esperanza de mejor paga, con diligencia les aderezó una razonable comida: y á todo esto dormía D. Quijote, y fuéron de parecer de no despertalle, porque mas provecho le haria por entonces el dormir que el comer. Trataron sobre comida, estando delante el ventero, su mujer, su hija, Maritornes y todos los pasajeros, de la extraña locura de D. Quijote y del modo que le habian hallado: la huéspeda les contó lo que con él

y con el arriero les habia acontecido, mirando si acaso estaba allí Sancho: como no le viese, contó todo lo de su manteamiento, de que no poco gusto recibieron: y como el cura dijese que los libros de caballerías que D. Quijote habia leído, le habian vuelto el juicio, dijo el ventero: No sé yo cómo puede ser eso, que en verdad que á lo que yo entiendo no hay mejor lectura en el mundo, y que tengo ahí dos ó tres dellos con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no solo á mí, sino á otros muchos, porque cuando es tiempo de la siega, se recogen aquí las fiestas muchos segadores, y siempre hay alguno que sabe leer, el cual coge uno destes libros en las manos, y rodeámonos dél mas de treinta mil canas: á lo ménos de mí sé decir que cuando oyo decir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querria estar oyéndolos noches y dias. Y yo ni mas ni ménos, dijo la ventera, porque nunca tengo buen rato en mi casa, sino aquel que vos estáis escuchando leer, que estáis tan embobado, que no os acordáis de reñir por entonces. Así es la verdad, dijo Maritornes; y á buena fe que yo tambien gusto mucho de oír aquellas cosas, que son muy lindas, y mas cuando cuentan que se está la otra señora debajo de unos naranjos abrazada con su caballero, y que les está una dueña haciéndoles la guarda, muerta de envidia y con mucho sobresalto: digo que todo esto es cosa de mieles. Y á vos; qué os parece, señora doncella? dijo el cura hablando con la hija del ventero. No sé, señor, en mi ánima, respondió ella; tambien yo lo escucho, y en verdad que aunque no lo entiendo, que recibo gusto en oírlo: pero no gusto yo de los golpes de que mi padre gusta, sino de las lamentaciones que los caballeros hacen cuando están ausentes de sus señoras, que en verdad que algunas veces me hacen llorar de compasion que les tengo. ¿Luego bien las remediáades vos, señora doncella, dijo Dorotea, si por vos lloraran? No sé lo que me hiciera, respondió la moza, solo sé que hay algunas señoras de aquellas, tan crueles, que las llaman sus caballeros tigres y leones y otras mil inmundicias: y ¡Jesus! yo no sé qué gente es aquella tan desalmada y tan sin conciencia, que por no mirar á un hombre honrado, le dejan que se muera ó que se vuelva loco: yo no sé para qué es tanto melindre; si lo hacen de honradas, cásense con ellos, que ellos no desean otra cosa. Calla, niña, dijo la ventera, que parece que sabes mucho destas cosas, y no está bien á las doncellas saber ni hablar tanto. Como me lo preguntaba esta señora, respondió ella, no pude dejar de responderle. Ahora bien, dijo el cura, traedme, señor huésped, aquesos libros, que los quiero ver. Que me place, respondió él; y entrando en su aposento, sacó dél una maletilla vieja cerrada con una cadenilla, y abriéndola, halló en ella tres libros grandes y unos papeles de muy buena letra, escritos de mano. El primer libro que abrió vió que era *Don Cirongilio de Tracia*, y el otro *Félix Marte de Hircania*, y el otro la *Historia del Gran Capitan Gonzalo Hernandez de Córdoba*, con la vida de *Diego Garcia de Paredes*. Así como el cura leyó los dos títulos primeros, volvió el rostro al barbero y dijo: Falta nos hacen aquí ahora el ama de mi amigo y su sobrina. No hacen, respondió el barbero, que tambien sé yo llevarlos al corral ó á la chimenea, que en

verdad que hay muy buen fuego en ella. ¿Luego quiere vuestra merced quemar mis libros? dijo el ventero. No mas, dijo el cura, que estos dos, el de *Don Cirongilio* y el de *Félix Marte*. ¿Pues por ventura, dijo el ventero, mis libros son herejes ó flemáticos, que los quiere quemar? Cismáticos queréis decir, amigo, dijo el barbero, que no flemáticos. Así es, replicó el ventero; mas si alguno quiere quemar, sea ese del Gran Capitan, y dese Diego Garcia, que ántes dejaré quemar un hijo que dejar quemar ninguno desotros. Hermano mio, dijo el cura, estos dos libros son mentirosos, y están llenos de disparates y devaneos; y este del Gran Capitan es historia verdadera, y tiene los hechos de Gonzalo Hernandez de Córdoba, el cual por sus muchas y grandes hazañas mereció ser llamado de todo el mundo el Gran Capitan, renombrado famoso y claro, y dél solo merecido: y este Diego Garcia de Paredes fué un principal caballero, natural de la ciudad de Trujillo, en Extremadura, valentísimo soldado, y de tantas fuerzas naturales, que detenía con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia: y puesto con un montante en la entrada de una puente, detuvo á todo un innumerable ejército que no pasase por ella, y hizo otras tales cosas, que si como él las cuenta y las escribe él de sí mismo con la modestia de caballero y de coronista propio, las escribiera otro libre y desapasionado, pusieran en olvido las de los Héctores, Aquiles y Roldanes. Tomáos con mi padre, dijo el dicho ventero: mirad de qué se espanta, de detener una rueda de molino; por Dios, ahora habia vuestra merced de leer lo que leí yo de Félix Marte de Hircania, que de un revés solo partió cinco gigantes por la cintura, como si fueran hechos de habas como los frailecicos que hacen los niños; y otra vez arremetió con un grandísimo y poderosísimo ejército, donde llevó mas de un millon y seiscientos mil soldados, todos armados desde el pié hasta la cabeza, y los desbarató á todos como si fueran manadas de ovejas. Pues qué me dirán del bueno de don Cirongilio de Tracia, que fué tan valiente y animoso, como se verá en el libro, donde cuenta que navegando por un rio, le salió de la mitad del agua una serpiente de fuego, y él así como la vió se arrojó sobre ella y se puso á horcajadas encima de sus escamosas espaldas, y la apretó con ambas manos la garganta con tanta fuerza, que viendo la serpiente que la iba ahogando, no tuvo otro remedio sino dejarse ir á lo hondo del rio, llevándose tras sí al caballero, que nunca la quiso soltar; y cuando llegaron allá abajo, se halló en unos palacios y en unos jardines tan lindos, que era maravilla; y luego la sierpe se volvió en un viejo anciano, que le dijo tantas de cosas, que no hay mas que oír. Calle, señor, que si oyese esto, se volveria loco de placer: dos ligas para el Gran Capitan y para ese Diego Garcia que dice. Oyendo esto Dorotea, dijo callando á Cardenio: Poco le falta á nuestro huésped para hacer la segunda parte de D. Quijote. Así me parece á mí, respondió Cardenio, porque segun da indicio, él tiene por cierto que todo lo que estos libros cuentan pasó ni mas ni ménos que lo escriben, y no le harán creer otra cosa frailes descalzos. Mirad, hermano, tornó á decir el cura, que no hubo en el mundo Félix Marte de Hircania, ni D. Cirongilio de Tracia, ni otros caballeros semejantes, que los libros de caballerías cuentan, porque todo es compostura y ficcion de ingenios ociosos, que los compusieron para el efecto

que vos decís de entretener el tiempo, como lo entretienen leyéndolos vuestros segadores: porque realmente os juro que nunca tales caballeros fueron en el mundo, ni tales hazañas ni disparates acontecieron en él. A otro perro con ese hueso, respondió el ventero, como si yo no supiese cuántas son cinco, y adónde me aprieta el zapato: no piense vuestra merced darme papilla, porque por Dios que no soy nada blanco: bueno es que quiera darme vuestra merced á entender que todo aquello que estos buenos libros dicen sea disparates y mentiras, estando impreso con licencia de los señores del consejo real, como si ellos fueran gente que habian de dejar imprimir tanta mentira junta, y tantas batallas y tantos encantamientos, que quitan el juicio. Ya os he dicho, amigo, replicó el cura, que esto se hace para entretener nuestros ociosos pensamientos; y así como se consiente en las repúblicas bien concertadas que haya juegos de ajedrez, de pelota y de trucos para entretener á algunos que ni quieren, ni deben, ni pueden trabajar, así se consiente imprimir y que haya tales libros, creyendo, como es verdad, que no ha de haber alguno tan ignorante que tenga por historia verdadera ninguna de estos libros. Y si me fuera lícito ahora, y el auditorio lo requiriera, y dijera cosas acerca de lo que han de tener los libros de caballerías para ser buenos, que quizá fueran de provecho, y aun de gusto para algunos; pero yo espero que vendrá tiempo en que lo pueda comunicar con quien pueda remediallo; y en este entre tanto creed, señor ventero, lo que os he dicho; y tomad vuestros libros, y allá os avend con sus verdades ó mentiras, y buen provecho os hagan, y quiera Dios que no cojeeis del pié que cojea vuestro huésped D. Quijote. Eso no, respondió el ventero, que no seré yo tan loco que me haga caballero andante, que bien veo que ahora no se usa lo que se usaba en aquel tiempo, cuando se dice que andaban por el mundo estos famosos caballeros. A la mitad desta plática se halló Sancho presente, y quedó muy confuso y pensativo de lo que habia oído decir, que ahora no se usaban caballeros andantes, y que todos los libros de caballerías eran necedades y mentiras, y propuso en su corazón de esperar en lo que paraba aquel viaje de su amo, y que si no salía con la felicidad que él pensaba, determinaba de dejalle y volverse con su mujer y sus hijos á su acostumbrado trabajo. Llevábase la maleta y los libros el ventero, mas el cura le dijo: Esperad, que quiero ver qué papeles son esos que de tan buena letra están escritos. Sacólos el huésped, y dándoselos á leer, vió hasta obra de ocho pliegos escritos de mano, y al principio tenia un título grande, que decía: *Novela del curioso impertinente*. Leyó el cura para sí tres ó cuatro renglones, y dijo: Cierito que no me parece mal el título desta novela, y que me viene voluntad de leella toda. A lo que respondió el ventero: Pues bien puede leella su reverencia, porque le hago saber que á algunos huéspedes que aquí la han leído les ha contentado mucho, y me la han pedido con muchas véras; mas yo no se la he querido dar, pensando volvérsela á quien aquí dejó esta maleta olvidada con estos libros y esos papeles, que bien puede ser que vuelva su dueño por aquí algún tiempo; y aunque sé que me han de hacer falta los libros, á fe que se los he volver, que aunque ventero, todavía soy cristiano. Vos teneis mucha razón, amigo, dijo el cura; mas con todo eso, si la novela me contenta,

me la habeis de dejar trasladar. De muy buena gana, respondió el ventero. Mientras los dos esto decían, habia tomado Cardenio la novela y comenzado á leer en ella, y pareciéndole lo mismo que al cura, le rogó que la leyese de modo que todos la oyesen. Si leyera, dijo el cura, si no fuera mejor gastar este tiempo en dormir que en leer. Harto reposo será para mí, dijo Dorotea, entretener el tiempo oyendo algun cuento, pues aun no tengo el espíritu tan sosegado, que me conceda dormir cuando fuera razón. Pues desá manera, dijo el cura, quiero leerla por curiosidad siquiera, quizá tendrá alguna de gusto. Acudió maese Nicolás á rogarle lo mismo, y Sancho también: lo cual, visto del cura, y entendiendo que á todos daría gusto y él le recibiría, dijo: Pues así es, esténme todos atentos, que la novela comienza desta manera:

CAPITULO XXXIII.

Donde se cuenta la novela del Curioso impertinente.

En Florencia, ciudad rica y famosa de Italia, en la provincia que llaman Toscana, vivian Anselmo y Lotario, dos caballeros ricos y principales, y tan amigos, que por excelencia y antonomasia, de todos los que los conocian *los dos amigos* eran llamados. Eran solteros, mozos de una misma edad y de unas mismas costumbres; todo lo cual era bastante causa á que los dos con reciproca amistad se correspondiesen: bien es verdad que el Anselmo era algo mas inclinado á los pasatiempos amorosos que el Lotario, al cual llevaban tras sí los de la caza; pero cuando se ofrecía, dejaba Anselmo de acudir á sus gustos por seguir los de Lotario, y Lotario dejaba los suyos por acudir á los de Anselmo, y desta manera andaban tan á una sus voluntades, que no habia concertado reloj que así lo anduviese. Andaba Anselmo perdido de amores de una doncella principal y hermosa de la misma ciudad, hija de tan buenos padres y tan buena ella por sí, que se determinó con el parecer de su amigo Lotario, sin el cual ninguna cosa hacia, de pedilla por esposa á sus padres, y así lo puso en ejecución; y el que llevó la embajada fué Lotario, y el que concluyó el negocio tan á gusto de su amigo, que en breve tiempo se vió puesto en la posesion que deseaba, y Camila tan contenta de haber alcanzado á Anselmo por esposo, que no cesaba de dar gracias al cielo y á Lotario, por cuyo medio tanto bien le habia venido. Los primeros dias, como todos los de boda suelen ser alegres, continuó Lotario como solia la casa de su amigo Anselmo, procurando henralle, festejalle y regocijalle con todo aquello que á él le fué posible: pero acabadas las bodas, y sosegada ya la frecuencia de las visitas y parabienes, comenzó Lotario á descuidarse con cuidado de las idas en casa de Anselmo, por parecerle á él, como es razón que parezca á todos los que fueren discretos, que no se han de visitar ni continuar las casas de los amigos casados de la misma manera que cuando eran solteros; porque aunque la buena y verdadera amistad no puede ni debe de ser sospechosa en nada, con todo esto, es tan delicada la honra del casado, que parece que se puede ofender aun de los mismos hermanos, cuanto mas de los amigos. Notó Anselmo la remision de Lotario, y formó del quejas grandes, diciéndole que si él supiera que el casarse habia de ser parte para no comunicalle como solia, que jamas lo hubiera hecho, y que si por la buena

correspondencia que los dos tenian mientras él fué soltero, habian alcanzado tan dulce nombre como el ser llamados *los dos amigos*, que no permitiese por querer hacer del circunspecto sin otra ocasion alguna, que tan famoso y tan agradable nombre se perdiese; y que así le suplicaba, si era lícito que tal término de hablar se usase entre ellos, que volviese á ser señor de su casa, y á entrar y salir en ella como de antes, asegurándole que su esposa Camila no tenia otro gusto ni otra voluntad que la que él quería que tuviese, y que por haber sabido ella con cuántas véras los dos se amaban; estaba confusa de ver en él tanta esquivaza. A todas estas y otras muchas razones que Anselmo dijo á Lotario para persuadille volviere como solia á su casa, respondió Lotario con tanta prudencia, discrecion y aviso, que Anselmo quedó satisfecho de la buena intencion de su amigo, y quedaron de concierto que dos dias en la semana y las fiestas fuese Lotario á comer con él; y aunque esto quedó así concertado entre los dos, propuso Lotario de no hacer mas de aquello que viesse que mas convenia á la honra de su amigo, cuyo crédito estimaba en mas que el suyo propio. Decia él, y decia bien, que el casado á quien el cielo habia concedido mujer hermosa, tanto cuidado habia de tener qué amigas llevara á su casa, como en mirar con qué amigas su mujer conversaba, porque lo que no se hace ni concierta en las plazas, ni en los templos, ni en las fiestas públicas, ni estaciones (cosas que no todas veces las han de negar los maridos á sus mujeres), se concierta y facilita en casa de la amiga ó la parienta de quien mas satisfaccion se tiene. También decia Lotario, que tenian necesidad los casados de tener cada uno algun amigo que le advirtiese de los descuidos que en su proceder hubiese, porque suele acontecer, que con el mucho amor que el marido á la mujer tiene, ó no le advierte ó no le dice por no enojalla, que haga ó deje de hacer algunas cosas, que el hacellas ó no le sería de honra ó de vituperio; de lo cual siendo del amigo advertido, fácilmente pondría remedio en todo. Pero dónde se hallará amigo tan discreto y tan leal y verdadero como aquí Lotario le pide? No lo sé yo por cierto; solo Lotario era este, que con tanta solicitud y advertimiento miraba por la honra de su amigo, y procuraba dezmar, frisar y acortar los dias del concierto del ir á su casa, porque no pareciese mal al vulgo ocioso y á los ojos vagabundos y maliciosos la entrada de un mozo rico, gentil hombre y bien nacido, y de las buenas partes que él pensaba que tenia, en la casa de una mujer tan hermosa como Camila: que puesto que su bondad y valor podia poner freno á toda maldiciente lengua, todavia no queria poner en duda su crédito ni el de su amigo, y por esto los mas de los dias del concierto los ocupaba y entretenia en otras cosas que él daba á entender ser inexcusables: así que, en quejas del uno y disculpas del otro se pasaban muchos ratos y partes del dia. Sucedió pues que uno que los dos se andaban paseando por un prado fuera de la ciudad, Anselmo dijo á Lotario las semejantes razones: Pensarás, amigo Lotario, que á las mercedes que Dios me ha hecho en hacerme hijo de tales padres como fueron los míos, y al darme no con mano escasa los bienes, así los que llaman de naturaleza como los de fortuna, no puedo yo corresponder con agradecimiento que llegue al bien recibido, y sobre todo al que me hizo en darme á tí por amigo y á Camila por mujer propia, dos prendas

que las estimo, si no en el grado que debo, en el que puedo. Pues con todas estas partes, que suelen ser el todo con que los hombres suelen y pueden vivir contentos, vivo yo el mas despechado y el mas desabrido hombre de todo el universo mundo; porque no sé de qué dias á esta parte me fatiga y aprieta un deseo tan extraño y tan fuera del uso comun de otros, que yo me maravillo de mí mismo, y me culpó y me riño á solas, y procuro callarlo y encubrirlo de mis propios pensamientos; y así me ha sido posible salir con este secreto, como si de industria procurara decillo á todo el mundo. Y pues que en efecto él ha de salir á plaza, quiero que sea en la del archivo de tu secreto, confiado que con él y con la diligencia que pondrás, como mi amigo verdadero, en remediarne, yo me veré presto libre de la angustia que me causa, y llegará mi alegría por tu solicitud al grado que ha llegado mi descontento por mi locura. Suspenso tenían á Lotario las razones de Anselmo, y no sabia en qué habia de parar tan larga prevencion ó preámbulo; y aunque iba revolviendo en su imaginacion qué deseo podria ser aquel que á su amigo tanto fatigaba, dió siempre muy lejos del blanco de la verdad; y por salir presto de la agonia que le causaba aquella suspension, le dijo que hacia notorio agravio á su mucha amistad en andar buscando rodeos para decirle sus mas encubiertos pensamientos, pues tenia cierto que se podria prometer dél, ó ya consejos para entretenerlos, ó ya remedio para cumplillos. Así es la verdad, respondió Anselmo, y con esa confianza te hago saber, amigo Lotario, que el deseo que me fatiga, es pensar si Camila mi esposa es tan buena y tan perfecta como yo pienso, y no puedo enterarme en esta verdad, si no es probándola de manera, que la prueba manifieste los quilates de su bondad como el fuego muestra los del oro: porque yo tengo para mí, ó amigo, que no es una mujer mas buena de cuanto es ó no es solicitada, y que aquella sola es fuerte que no se dobla á las promesas, á las dádivas, á las lágrimas y á las continuas importunidades de los solicitos amantes. Porque ¿qué hay que agradecer, decia él, que una mujer sea buena, si nadie le dice que sea mala? ¿Qué mucho que esté recogida y temerosa la que no le dan ocasion para que se suelte, y la que sabe que tiene marido que en cogiéndola en la primera desenvoltura, la ha de quitar la vida? Así que, la que es buena por temor ó por falta de lugar, yo no la quiero tener en aquella estima en que tendré á la solicitada y perseguida, que salió con la corona del vencimiento; dé modo, que por estas razones y por otras muchas que te pudiera decir para acreditar y fortalecer la opinion que tengo, deseo que Camila mi esposa pase por estas dificultades, y se acrisole y quilate en el fuego de verse requerida y solicitada, y de quien tenga valor para poner en ella sus deseos: y si ella sale, como creo que saldrá, con la palma desta batalla, tendré yo por sin igual mi ventura; podré yo decir que está colmo el vacío de mis deseos; diré que me cupo en suerte la mujer fuerte, de quien el Sabio dice que ¿quién la hallará? Y cuando esto suceda al revés de lo que pienso, con el gusto de ver que acerté en mi opinion, llevaré sin pena la que de razón podrá causarme mi tan costosa experiencia: y prosupuesto que ninguna cosa de cuantas me dijeres en contra de mi deseo, ha de ser de algun provecho para dejar de ponerle por la obra, quiero, ó amigo Lotario, que te dispongas á ser el instrumento que labre